



CUADERNOS DE FE Y CULTURA

INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y EVOLUCIÓN HUMANA

JUAN ANTONIO ESTRADA



SERIE

LA PERSONA HUMANA Y SUS VALORES

38

INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y EVOLUCIÓN HUMANA

JUAN ANTONIO ESTRADA



SERIE

LA PERSONA HUMANA Y SUS VALORES

38

LC] BL629.5.S65 E88.2020

[Dewey] 204 E88.2020

Estrada, Juan A., 1945-

Inteligencia espiritual y evolución humana / Juan Antonio Estrada, S.J. – México: Universidad Iberoamericana Ciudad de México, 2020 – 50 pp. – 14 x 21 cm. – ISBN: 978-607-417-703-9

(Cuadernos de Fe y Cultura)

(Serie la persona humana y sus valores; 38)

1. Inteligencia espiritual. 2. Evolución humana. I. Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Departamento de Reflexión Interdisciplinaria. II. Campo estratégico y de acción Diálogo Fe y Cultura del Sistema Universitario Jesuita. III. Series.

Mauricio López Noriega

Coordinación editorial

- DR © Universidad Iberoamericana, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880, Col. Lomas de Santa Fe, Ciudad de México, CP 01219
- DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, A.C. Periférico Sur Manuel
Gómez Morín 8585, Col. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco, CP 45604.
- DR © Universidad Iberoamericana León
(Promoción de la Cultura y la Educación Superior del Bajío, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Puebla
(Comunidad Universitaria Golfo-Centro, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Tijuana
(Promoción y Docencia, A.C.)
- DR © Universidad Iberoamericana Torreón
(Formación Universitaria y Humanista de la Laguna, A.C.)

Primera edición: 2020

ISBN: 978-607-417-703-9

ÍNDICE

Introducción	7
¿Qué es ser persona?	8
La importancia de la comunicación	13
Soledad, pero no aislamiento	18
El papel de las religiones	21
Los cambios educacionales	24
La importancia de la ética en una sociedad científica	29
La inteligencia espiritual	33
La religión: experiencia e institución	41

Introducción¹

La historia de la humanidad es cambiante. En algunos momentos, sentimos que se acelera con el nacimiento de una nueva cultura, una nueva civilización, un nuevo movimiento, que podemos llamar posmodernidad, globalización, renacimiento, etc. A finales del siglo XV, la imprenta revolucionó la cultura del libro y permitió que el saber se pusiera al servicio de la gente, semejante a lo que hoy están haciendo los ordenadores. Ahora la cultura de la imagen a través del Internet cambió el mundo de manera radical, lo vemos en nuestros hijos y nietos. A través de la historia existen movimientos que cambian al mundo: la Revolución norteamericana en 1776, la Revolución francesa en 1789, la Revolución industrial a finales del siglo XVIII, la

-
1. El presente texto guarda relación con el Curso sobre Inteligencia Espiritual, ciclo de conferencias llevadas a cabo del 11 al 16 de junio de 2018 en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), así como con conferencias en el Centro Universitario Ignaciano de Guadalajara. Juan Antonio Estrada, S.J., es catedrático y profesor emérito de la Universidad de Granada. Doctor *honoris causa* por el Sistema Universitario Jesuita, en 2003; doctor en Filosofía por la Universidad de Granada, en 1980; doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, en 1977; maestro en Teología por la Universidad de Innsbruck, en 1973; licenciado en Filosofía por la Universidad de Comillas, Madrid, en 1970. Es profesor de Teorías sobre la Religión: teísmo filosófico, corrientes actuales de filosofía y ciencias y filosofía de la religión. Actualmente tiene a su cargo actividades de gestión académica. Ha sido secretario del Departamento de Filosofía y coordinador de la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras; asimismo, participó como secretario en la organización del Congreso Nacional “¿Para qué filosofía?”, del Departamento de Filosofía de la Universidad de Granada, en 1995.

Independencia de las colonias españolas; todas ellas desembocaron en un cambio. El siglo XX nos hizo conjugar una serie de factores que nos enfrentan a nuevos retos en el siglo XXI, así como a nuevas posibilidades para afrontar el futuro de la humanidad. En este contexto, reflexionar sobre el hombre, sobre el ser humano, es cuestionarse en qué consiste la identidad humana y cómo se puede reflexionar sobre ella. Puesto que una época está decayendo y otra naciendo, vivimos un periodo que nos trae una crisis de identidad, y cuando se presenta ésta es evidente que a nivel teórico se plantea en qué consiste, para lo cual hay que partir del ser humano y *qué* es: un animal cuya segunda naturaleza es la sociedad.

¿Qué es ser persona?

Primero, es necesario reflexionar sobre el ser humano, un ser arrojado a la existencia. Sin pedirnos permiso, nos han arrojado y hemos perdido el paraíso original, o sea, a nuestra madre de la que recibíamos el alimento y la vida sin tener que hacer nada. A partir de ese momento, comienza una etapa en la que debemos buscarnos la vida. Sin embargo, el hombre no es el animal más completo ni el más capaz. Somos muy frágiles porque, desde el punto de vista de nuestros instintos —que son los que de alguna manera nos da la naturaleza y a través de los que podemos orientarnos para sobrevivir—, somos muy limitados; además, con la cultura, los hemos limitado más. Cualquier animal, podría pensarse, tiene más posibilidades de supervivencia que el humano. Los hay que tienen una vista mucho más aguda, un olfato mucho mayor, capacidad auditiva, son más veloces, etc. Podemos describir al ser humano y parece un animal incompleto. Sin embargo, en comparación con otros animales, poseemos un cerebro mucho más desarrollado y grande. Algunos teóricos señalan que si tuviéramos que esperar a que el ser humano se gestara hasta el final y naciera completo como otros animales, sencillamente no podría salir; por lo tanto, el animal humano nace antes de tiempo y el cerebro

continúa creciendo hasta alcanzar noventa por ciento de su tamaño a los seis años de edad, mientras que su desarrollo se completa a los veinte años. No obstante, algo que nos caracteriza es nuestra enorme capacidad de aprendizaje: suplimos la carencia de los instintos porque somos capaces de aprender, de tal manera que podemos asimilar la sabiduría que se ha ido acumulando durante siglos en el acervo humano. La existencia humana está marcada por el aprendizaje y éste nos hace seres culturales; es decir, no sólo tenemos naturaleza: somos de naturaleza biológica, pero sobre todo un animal con capacidades y necesidades culturales.

De esta forma, la cultura es una creación humana que se ve afectada por la manera de entender el mundo desde el grupo humano que la configura. Por ello, hay distintas culturas y la mayoría coincide en la existencia de un ser humano que, además de estar constituido por su naturaleza biológica, posee un cuerpo y un alma, pero no es que lo seamos como dos cosas separadas, sino que somos un cuerpo-espiritualizado y un espíritu-corporeizado: las dos cosas. Somos un todo unitario, en donde lo somático influye en lo espiritual, y viceversa; es lo que hace la complejidad de la naturaleza humana. Tenemos necesidades físicas, pero también espirituales; a las primeras vamos a responder con un progreso material, pero, ¿a las segundas? Ahí vienen los problemas. Tenemos que responder con un progreso espiritual; crear un modelo de sociedad y cultura que dé respuesta a las demandas del ser humano, y para eso hay que plantearnos cuáles son.

Por lo tanto, lo primero a tener en cuenta es que somos seres humanos y que mediante el proceso de humanización damos un salto no sólo biológico, sino también espiritual. Así, podríamos afirmar que somos seres superiores precisamente porque tenemos una capacidad que no tienen los animales, que es estar potenciados sin dejar de ser condicionados por nuestros instintos: sexual, de supervivencia, agresividad, etcétera. No obstante, todos podemos controlarlos y luchar contra ellos; eso es trabajar con nuestra naturaleza humana.

No nos basta con la naturaleza, sino que debemos darle una respuesta que nos da la cultura, que hay que asumir, integrar, aprender. Lo que no cambia, lo universal, es nuestra naturaleza humana, es decir, somos de la raza humana y del animal humano; lo que varía y nos hace diferentes es que somos animales culturales, y las culturas son muy diversas —según a la que pertenezcamos—, así como nuestra manera de ver la vida, de comportarnos, nuestra educación, valores y forma de enfocar los proyectos. Ahí hay una gran variedad de aspectos desde los cuales abordar la vida y reflejarla de diferentes modos; uno de ellos es el lenguaje.

El lenguaje no sólo es un instrumento por el que nos comunicamos —y de nuevo ahí tenemos una superioridad del animal humano respecto al resto de los animales—, sino que, además, estructura nuestros cerebros; está ahí porque todos tenemos las mismas zonas, sin embargo, se potencia por nuestra cultura. Cada cultura desarrolla determinadas zonas del cerebro más que otras y nos da más capacidad o sensibilidad para captar distintos aspectos de la naturaleza. Por ejemplo, los países nórdicos hablan del color de la nieve y distinguen varios tonos de ella. Para nosotros, la nieve es blanca, pues no tenemos ninguna costumbre o condicionamiento que nos haya obligado a distinguir sus tonos. De alguna manera, la cultura es la que coloniza nuestro cerebro y predispone determinados comportamientos; y en esa cultura lo que es constitutivo y fundamental del ser humano es la comunicación.

La comunicación permite una dinámica esencial en el acontecer humano, la cual consta de dos elementos determinantes: por un lado, la cultura, es decir, para que haya un *yo* hace falta un *tú*; por otro lado, la evolución: todos somos cambio, atravesamos distintas etapas y, según ellas, tenemos determinadas posibilidades y condicionamientos. Por lo tanto, el mundo de nuestras relaciones es constitutivo de nuestra personalidad; no puede haber un *yo* sin un *tú*. Nuestro *yo* no es un *yo* aislado, es un *yo* que se comunica, y nuestra personalidad no es una personalidad estática ni aislada, sino que evoluciona y, ade-

más, va a depender del mundo de relaciones en que estamos inmersos; por eso es determinante el grupo humano en que crecemos.

Todos somos conscientes de que en la primera infancia tenemos las huellas incipientes que la cultura y la sociedad imprimen en nosotros. Luego, las experiencias también influirán, pero tendrán que luchar con las primeras huellas impresas e interiorizadas desde el momento en que nos hemos desarrollado en familia; por eso es tan determinante el grupo humano en que crecemos. Por lo tanto, a los cuestionamientos de cómo se construye la identidad de cada uno y cómo se construye la persona, podemos responder que nuestra personalidad se va edificando a través de las dinámicas y etapas que vamos atravesando; es decir, tenemos que analizar cuáles son los elementos con los que nos construimos y cuáles aquéllos a través de los que la familia y la sociedad nos construyen; lo cual ya está marcado como un elemento determinante en nuestra reflexión, y es que cada uno somos el resultado de una historia, un proceso, un devenir. Así, el devenir, el cambio o la evolución es un elemento decisivo. Los seres humanos recorremos distintas etapas de la vida y es necesario saber en cuál estamos y cuáles son los condicionamientos de cada una. De esta forma, podríamos decir que somos seres libres y autónomos, pero, aunque lo seamos, tenemos una libertad muy condicionada y limitada por el grupo humano en que nacemos y desarrollamos, así como por las etapas que atravesamos.

Además, siempre hay que considerar el carácter relacional de la persona y que ésta se comunica no sólo desde el punto de vista intelectual, sino también afectivo. Grecia ha marcado la cultura en la que la mayoría participamos y su pensamiento dice que lo más importante del hombre es la razón; sin embargo, no es verdad. Es cierto que la razón es fundamental, porque potencia la inteligencia, pero no somos únicamente razón, sino también sentimientos, emociones, afectos, movimientos marcados por la relación interpersonal y lo afectivo, lo que es esencial en el ser humano. Somos seres que expresamos nuestras emociones mediante el lenguaje, por lo tanto, seres comunicativos. Asimismo, nuestro carácter relacional tiene que ver mucho con

una dinámica tanto emocional como intelectual, relacionado también con la cultura y la religión. Somos seres que imitamos —todos lo hacemos—: el niño es un imitador nato que constantemente observa el comportamiento de su entorno familiar y educativo; nuestros primeros criterios para imitar vienen de la empatía, de identificarnos con personas que nos sirven de modelos y con las que entramos en relación. Esto nos lleva al tema de lo necesario de contar con un modelo.

Debido a que a menudo imitamos el comportamiento de los que nos rodean, el modelo se torna un elemento primordial en la formación del humano, ya que será la persona de quien se tomarán los elementos suficientes para formar el comportamiento y, por lo tanto, la personalidad propia. Por lo que, ser capaces de imitar lo que otros hacen nos acerca a otra de las necesidades humanas: el sentido de pertenencia. Sentirse parte de un grupo es fundamental, de un *nosotros* colectivo, para ser reconocido, aceptado, que se nos cuente como miembro, es importantísimo. Sin embargo, esto suele ser una tragedia en la evolución personal porque, en ocasiones, nos enteramos de que el grupo al que quisiéramos pertenecer no nos acepta. Eso se debe a que todos tenemos la necesidad de ser parte de uno, comunicarnos con otros; así adquirimos una conciencia de nosotros mismos. El grupo es determinante de nuestra propia personalidad, lo cual plantea dos problemas. Por un lado, ¿cómo pertenecer a un grupo o colectivo?, ¿cómo ser parte aun sabiendo que la pertenencia a él condiciona nuestra manera de entendernos? Es decir, somos un ser social, y por lo tanto la sociedad y la cultura a la que pertenecemos determina nuestra propia singularidad. Si la personalidad colectiva se traga a la personalidad individual, es decir, a cada uno de nosotros, perdemos autenticidad, autonomía, nuestra forma de ser nosotros mismos porque estamos configurados por el grupo. Por otro lado, nunca podemos prescindir del grupo porque es el que determina nuestra propia autenticidad y libertad. Es ahí donde tenemos un problema, el cual, al mismo tiempo, está marcado por una segunda dimensión. Cito el libro *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm, porque la libertad es

el elemento constituyente del ser humano. Una libertad condicionada, finita. Insisto: *yo soy yo y mis circunstancias*, y éstas forman parte de mi yo, por tanto, de alguna manera redimensiona y limita mi propia libertad. Pero seguimos teniendo libertad; a diferencia del animal, no estamos absolutamente determinados. El animal lo está porque su naturaleza se basa en instintos, que van marcando una manera de comportarse y vivir. Sin embargo, como lo mencioné, el ser humano tiene una naturaleza invariante, ya que todos pertenecemos a la raza humana; pero la cultura *es* nuestra segunda naturaleza y, según a la que pertenecemos, así evaluamos y, por otro lado, según la evaluación que hacemos, así optamos.

La importancia de la comunicación

De esta manera, es posible afirmar que somos una construcción nunca acabada que siempre puede modificarse y entrar en relación. Y desde ahí tenemos, por un lado, la conciencia interior, la que debemos empezar a aprender, y luego la exterior, el mundo de lo externo. En esta línea, lo primero es que no somos simplemente instinto, sino también inteligencia, voluntad, libertad; por lo tanto, es necesario establecer valores humanos que nos sirvan de orientación cuando desarrollemos nuestro proyecto de vida; es decir, cuando nos preguntemos: ¿qué quiero ser, hacer y saber? La vida es un proyecto, pero no se nos entrega, sino que tenemos que crearlo cada uno, y hacerlo a partir del condicionamiento que nos dan las circunstancias en que nos movemos: familiares, educativas, económicas, sociales, ideológicas o religiosas.

Así, el hecho de imitar los modelos podría traducirse en que nuestra primera personalidad es prestada, no la hemos creado. Somos hijos de una familia, una educación, un grupo, una religión, una ideología política y una manera de ver la vida. Eso no quiere decir que no podamos romper con ello, sólo en parte. Porque, incluso cuando lo hagamos, ese rompimiento va a seguir jugando un papel dentro

de cada uno. Somos hijos de una crianza, la cual es fundamental, ya que no únicamente lo biológico nos define, porque no debemos olvidar que somos seres culturales. Así, podríamos afirmar que, cuanto más años tenemos, más podemos reconocer que la cultura es nuestra segunda naturaleza, la que nos moldea. Por lo tanto, la crianza del niño es tan determinante e importante como el código genético que recibe, porque va a ser la primera experiencia que va a troquelarnos y cambiar nuestra constitución, siempre marcada por un proceso de evolución y cambio.

Entonces, primero encontramos un modelo de crianza que es el de transmisión generacional. Dicho de una manera más sencilla: los padres y las madres que más determinan nuestro desarrollo no son biológicos(as), sino quienes nos han criado. Y a veces quien nos ha criado no ha sido el padre y la madre biológica, no sólo porque no está en la familia, sino porque a lo mejor se han desinteresado de nosotros, o las circunstancias no les han permitido: ha sido un abuelo, una abuela, un hermano o una hermana mayor, una persona de servicio, una nana; en fin, una personalidad que se ha ocupado de nosotros. Esto tiene un aspecto positivo y otro negativo: el primero sería que no sólo hemos recibido una herencia biológica —la cual, por cierto, no podemos evitar—, sino además cultural, social, una manera de ver la vida, que es la del entorno familiar en que hemos crecido, o el escolar, porque también eso va a jugar un papel determinante.

Esos entornos de los primeros años serán los que determinarán nuestra manera de afrontar la vida y el mundo; pero eso tiene un elemento negativo, ya que muchas veces esa dinámica genera personalidades tan identificadas con la socialización que han recibido en los primeros años de su vida, que nunca llegan a ser ellos mismos, sino que se convierten, de alguna manera, en una prolongación de su padre y madre, de su entorno paterno y materno. Es decir, han recibido una personalidad prestada, porque no es la de ellos y no han desarrollado una propia, una autonomía; no han vivido lo que simbólicamente podemos llamar “la muerte del padre”, que es el hecho de indepen-

dizarse del entorno en que han crecido y vivido. Esto no quiere decir romper con el entorno, pero sí reconocer que cada individuo tiene que vivir su vida y, en el condicionamiento de la familia tradicional, la tendencia que predomina es que los padres proyectan en los hijos lo que quisieran haber hecho, pero no han podido hacer. Por ejemplo, la carrera que hubieran querido estudiar y desean que el hijo haga; así empiezan a condicionar la vida de los hijos, por lo que éstos pierden autonomía. Eso genera lo que se conoce como personalidad autoritaria, que en pocas palabras es el padre, la madre, el maestro, el modelo que se ha tomado como referente y no deja crecer al otro, dejarlo ser él mismo, tener sus propias experiencias, cometer sus equivocaciones y vivir su propia vida. Eso genera un problema, un malestar, un sentimiento de invisibilización de la propia personalidad que desemboca en la inseguridad del animal que somos.

El desarrollo humano trata de un proceso en el que hay que vivir un equilibrio entre la personalidad recibida y aquella que tenemos que adquirir, y también supone independencia y capacidad de autonomía. De esta forma, el primer modelo, el tradicional, es el que va a condicionar muchísimo a la persona y nunca la va a dejar ser ella misma. Hoy, sin embargo, vivimos un segundo modelo de familia que rompe con este modelo inicial —en parte reactivo y tan condicionante como el anterior—, lo que ha sido llamada “la generación sin padres”. Tiene una lógica muy sencilla: han crecido en un entorno en el que ha faltado la crianza, entendida como la manera de transmitir unas pautas educacionales, una disciplina, una manera de abordar los fenómenos. Eso que antes la familia autoritaria encargaba a los padres, ahora resulta que ya no lo hacen, porque no son el referente para el hijo o la hija, sino que ahora son los compañeros, la pandilla, la propia generación, el grupo de pertenencia con el que uno se desarrolla. Es decir, el núcleo familiar se ha debilitado, se ha disminuido; primero, porque en los últimos cincuenta años la transformación operada en el ámbito familiar ha sido tremenda: hijos de distintos padres progenitores viviendo juntos, familias monoparentales en donde sólo está

la madre —lo más frecuente— o el padre; existen también familias constituidas por dos personas del mismo sexo. Entonces, se rompe el modelo tradicional, ya no sirve como antes. Pero éste aún existe, aunque ahora hay muchos y distintos. Además, el modelo tradicional es por lo general con muchos hijos, pero en Europa, y en España en particular, tenemos índices demográficos limitadísimos, por lo que este continente está abocado a la inmigración de manera inevitable —a pesar de los problemas que ello plantea—. No hay salida porque no hay niños. En España, una familia de tres niños ya es numerosa y, por lo tanto, goza de una serie de privilegios fiscales porque la mayoría tiene un niño o dos, y ahí se quedan, entre otras cosas porque el matrimonio es mucho más tardío. Cuando hablo de matrimonio lo hago de parejas que comienzan a vivir en vida marital y familiar, y es tardío porque, si antes se empezaba a tener hijos a los veinte años, ahora es hasta los treinta o treinta y tantos, con todos los problemas y condicionamientos que plantea eso, por lo que hoy vivimos en familias con pocos hermanos.

El cambio en este modelo genera, antes que nada, un sentimiento de poca pertenencia al grupo. En cuanto nace, el niño es alejado del hogar, puesto que ahora también la madre trabaja; antes, por lo general, no era común que las mujeres salieran fuera del hogar, sólo el varón. Hoy empezamos a toparnos con una dinámica en la que la mujer desempeña un papel cada vez más importante en la sociedad y la cultura, lo que trae consigo un problema nuevo; y es que las tareas que antes reposaban fundamentalmente en la madre y la mujer —porque era el varón quien estaba fuera de la familia— ya no pueden mantenerse así. Ahora hay que repartir también los roles en el ámbito de la familia, ya que no se dan los mismos condicionamientos. Entonces, se produce una dinámica de falta de crecimiento de la persona en el seno familiar. Muchas veces, en cuanto nace el niño, lo llevamos al jardín infantil o la guardería y enseguida queda inmerso en un ámbito educativo en donde se suple la crianza del padre y la madre, lo cual desemboca en una mayor ausencia de éstos. A lo anterior añadimos

que, cuando los hijos regresan al hogar, los padres aún no han llegado, cosa que también sucede con frecuencia debido a las distancias y los horarios en las grandes ciudades; por lo que los niños llegan antes a casa y con aquel deseo de sentirse acompañados, escuchados porque necesitan que el otro se interese en ellos; que cuando vienen del colegio, del jardín de niños u otro ámbito educativo, puedan contar lo que les ha ocurrido. Y si eso no se da con los padres, en el ámbito familiar, tendrán que buscarlo fuera.

Además, se ha dado un fenómeno que hunde sus raíces en el rechazo de la educación autoritaria, experimentada sobre todo por la generación de los que serían mis padres y abuelos (para los más jóvenes, sus abuelos y bisabuelos), o sea, como reacción a la autoridad, a la educación paritaria; los padres optan por algo más *llevadero*: ser amigo de mis hijos. Esto, en el sentido de tener una relación cordial, en principio es una cosa positiva, pero, ¡atención!, tu hijo va a tener muchos amigos, pero padres solamente unos, y si abdicas de tu rol porque quieres ser amigo o amiga, y no caes en cuenta de que tu relación con tus hijos —por mucha amistad que tenga— siempre será asimétrica (porque eres el padre y la madre), por tanto, tienes que inculcarles una serie de elementos que no se los va a inspirar nadie. Si eso no se hace, se produce una educación de tolerancia y permisividad en la que los padres abdican de su rol; así, ya no hay crianza de los hijos. El problema se agudiza con los medios de comunicación actuales. Si para tener al niño contento le damos el celular o un aparato mediante el cual puede conectarse a la televisión o el internet, entonces va a ir edificando una personalidad a través de los medios que le ofrece la sociedad y la cultura, pero que de ninguna manera puede sustituir la relación personal fundamental para el ser humano.

A partir de ahí se produce algo que es determinante: la falta de identidad personal y, si no la hay, uno se identifica con la personalidad del grupo. Por eso necesitamos mucho de éste, es decir, sentirnos parte de algo, un colectivo, el cual nunca va a sustituir a ese alguien personal; insisto, son dos elementos condicionantes de la persona.

Se produce lo que llamamos el refugio, es decir, el grupo, la pandilla, los amigos, en donde su opinión será más importante que la de nuestros padres.

Soledad, pero no aislamiento

Esto trae consigo un tercer problema que se ha ido desarrollando cada vez más en nuestras sociedades: la soledad y el aislamiento. La primera es algo constitutivo de cada uno por el hecho de ser persona, porque nadie puede ponerse en nuestra piel, por mucha relación de identificación que tengamos con otros. Por un lado, la soledad es necesaria, es decir: si quiero ser yo mismo, tengo que encontrarme conmigo mismo, entrar en diálogo con mi propia conciencia, interioridad. Sin embargo, el problema de la soledad no es de que estoy solo, sino la soledad en medio de la multitud. Estamos rodeados de personas desde que nos levantamos hasta acostarnos, aún más en las ciudades y, muchas veces, lo que no tenemos es un sitio de privacidad para encontrarnos con nosotros mismos. Estamos siempre en lugares en los que hay muchísimas personas, pero con las que no nos comunicamos ni tenemos relación. Y vivimos cada uno en nuestra célula, con una relación funcional con los otros: que el ascensor funcione bien para todos, que haya limpieza en las áreas comunes del edificio; pero no tenemos comunicación ni lazos afectivos, entonces se produce el aislamiento. Y el aislado es el que no se comunica con nadie, y el aislamiento es una carga insoportable... La soledad, no. Por ello, una cosa es la soledad y otra el aislamiento, y hoy el problema es que empezamos a observar niños que sufren el aislamiento a temprana edad porque no encuentran vías de comunicación en su propia familia con sus hermanos y padres. Muchas veces se encuentran aislados, lo que genera fragilidad, inseguridad, angustia, y esta última es una de las dinámicas fundamentales del ser humano: somos seres muy inseguros porque de alguna manera no podemos construir un proyecto de vida: tenemos el que nos entrega la sociedad, que nos da la colectividad,

pero no es nuestro; más bien, de ahí podemos tomar elementos, pero el proyecto lo tenemos que construir nosotros.

En resumen, el gran problema del ser humano es encontrar un proyecto de vida que merezca la pena, que dé un sentido a nuestra vida, que nos genere una dinámica de apreciar que merece la pena vivir. La vida tiene muchos elementos negativos, de carga, negatividad; pero la vida no es solamente eso, tiene también muchos elementos en los cuales hay experiencias que valen la pena, de profundización.

En la vida del ser humano hay dos etapas fundamentales: la cuantitativa, que es conocer muchos sitios, experiencias; pero luego hay una segunda más complicada en la que ya no es la cantidad sino la calidad de vida; eso es más complicado porque se trata de vivir desde lo hondo, lo profundo. Lo que nos remite al hecho de tener que *beber de nuestro pozo*, es decir, de nuestra biografía; es nuestra historia en el pasado que se sigue metiendo en el presente y condicionando el futuro. A partir de ahí, tendríamos que entrar en una dinámica de discernimiento y evaluación personal, lo que llamaríamos inteligencia espiritual.

A esto le podemos añadir la dualidad entre el sentir y el saber. Hay cosas que las sentimos, las vivimos, que nos marcan internamente, pero muchas veces no tenemos conciencia de ellas, y otras que las sabemos teóricamente, pero no las vivimos ni las experimentamos. Se produce una dualidad entre nuestro conocimiento y nuestra realidad. La segunda es mucho más importante que el primero, y ahí, desde esa perspectiva, ponemos en primer plano la importancia que tiene el mundo de los afectos, las emociones, los deseos. Estamos marcados por una cultura racional, la cual, en lo fundamental, viene de la tradición occidental, en concreto de la Grecia clásica, la primera que, de alguna manera, puso en primer plano el conocimiento humano. En realidad, entre Europa y Asia no hay un cambio geográfico, una frontera, sino un cambio cultural. Somos una cultura diferente en buena parte por la importancia que le hemos dado a la razón, al conocimiento, lo cual ha generado una cultura —la griega clásica, que luego va a

ser la grecorromana— que ha sido determinante para la constitución de ese continente cultural que es Europa, desde donde se ha configurado también a América.

Por lo tanto, creemos que somos libres, sin embargo, muchas veces no lo somos, sino que sólo estamos condicionados por experiencias del pasado que ya hemos vivido y son parte de nuestra biografía. Las experiencias del pasado nunca desaparecen del todo, ya que siguen interfiriendo en el presente y condicionando el futuro. De esta forma, el contexto en el que crecemos es primordial. No obstante, como hemos apuntado, hay diferentes culturas y entornos: humanizantes y deshumanizantes, es decir, entornos familiares y sociales destructivos que marcan al animal inseguro que somos; inseguro porque hemos nacido antes de tiempo y además tematizamos, pensamos, reflexionamos sobre dos elementos clave en todo ser vivo: el nacimiento y la muerte.

El ser humano es un ser para la muerte porque estamos desarrollando el libro de nuestra vida, y siempre se tiene presente que en cualquier momento ella puede acabarse. Como además vivimos la experiencia de que se van muriendo seres queridos, vamos viviendo el proceso de que la muerte no es sólo algo terminante, que nos vamos a encontrar al final, sino con lo que nos topamos a lo largo de nuestras vidas, pues se nos mueren los seres queridos con los que estamos vinculados y nos hemos relacionado en nuestras biografías. Y cuando fallecen aquellos que me han marcado, una parte de mí muere con ellos; se acaba una relación, ya no puede haber potencialidad alguna de ella, queda frustrada, cortada —con lo cual el animal humano es inseguro acerca de su propia existencia—. De ahí surgen las inquietudes sobre la posteridad, el futuro, el insaciable deseo de alcanzar la perpetuidad, lo que lleva al ser humano a buscar la forma de dejar huellas de su paso por este mundo. Lo que pasa es que el ser vivo tiende a la supervivencia, a la perennidad; es decir, en todos hay una necesidad constitutiva: que algo mío quede. Lógicamente, la expresión mayor es la procreación, los hijos, sin embargo, no nos

resignamos a la nada, somos un animal inconforme... A lo mejor es nuestra ilusión. Buscamos la manera de supervivencia y, desde que existe la humanidad, a ello responden, entre otras —no tienen la exclusividad—, las que llamamos religiones.

El papel de las religiones

Las religiones responden al hambre de inmortalidad, supervivencia, pervivencia que hay en cualquier ser humano, y eso está ahí. Si hay Dios o no lo hay, podemos discutirlo, dudarlo y no creerlo, pero, de que hay religiones, no hay duda. No existe ninguna sociedad y cultura que no tenga un sistema de prácticas y creencias que podemos denominar religioso, sean cuales sean los nombres que les demos, existen. Las religiones son esenciales en la constitución del ser humano, no sólo porque abordan el tema de la muerte, cada una a su manera, sino porque constituyen un elemento fundamental para abordar la vida, marcada por el sufrimiento, la experiencia del mal y la negatividad que tenemos. La vida está marcada por el bienestar del ser humano, de su necesidad de generosidad; está marcada, en definitiva, por tener relaciones personales enriquecedoras, es decir, que el ser humano de nuevo esté construyéndose constantemente y construyendo sociedades, culturas, grupos humanos, y las religiones ayudan a ello. Auxilian la constitución de tu ser personal y público con un elemento importante que no debemos olvidar: todas las religiones, cristianismo y catolicismo incluidos, son ambiguas, y la ambigüedad es algo muy sencillo porque puede sacar lo mejor y peor de la persona; las dos cosas son experiencias humanas tan determinantes, fundamentales y constitutivas de la personalidad, que pueden potenciar enormemente tus capacidades y horizontes, o ser destructivas para tu capacidad, tus horizontes y tu mundo de relaciones personales. Por eso son peligrosísimas, precisamente, por su enorme potencial.

La religión es un hecho cultural y, si no la hay en las personas, con frecuencia sucede lo que en filosofía llamamos *religiones secula-*

rizadas, es decir, ideologías que no son religiosas, pero que, de hecho, ejercen esa función porque ofrecen ideales, una meta, unos modelos de conducta, una interpretación de la vida, una manera de entender las relaciones con los demás; ése es el cosmos mediante el cual se desarrolla el ser humano y en el que inciden las religiones. La religión y la política quieren embarcar al ser humano, condicionarlo y transformarlo, hacer que actúe de una manera determinada; en ello la religión y la política a veces son aliadas, pero otras entran en conflicto porque ofrecen proyectos antitéticos.

En este contexto, que por una parte es el de la razón y por otra el de las emociones, se define al ser humano con dos elementos determinantes: somos inteligentes porque podemos captar la realidad —aunque no me guste— y, al mismo tiempo, libres. Tenemos una libertad finita, muy condicionada y limitada por la educación recibida, la familia en que hemos crecido, la cultura en que nos hemos desarrollado. Tenemos, por lo tanto, una libertad condicionada, pero libertad, es decir, los mismos acontecimientos generan reacciones y comportamientos muy diferentes en las personas. En este contexto hace su aparición el destino, entendido como el hecho de encontrarnos en circunstancias en la vida de las que no somos culpables ni autores. Los condicionamientos podemos verlos como un destino. En la vida nos enfrentamos con situaciones imprevistas de las que no somos culpables ni podemos controlar; nadie va a hacerlo. No sé lo que me va a pasar mañana, pero sí puedo controlar algo: cómo reacciono ante el destino, ante las circunstancias.

Así, no puedo controlar lo que sucede en algunas situaciones, pero sí pedir que se me dé fuerza y capacidad para afrontarlas. Ojalá que sepa dar una respuesta positiva para los demás y para mí mismo; entonces, de verdad podré desarrollar una vida con un proyecto que merezca la pena. El problema del ser humano, como ya lo mencionamos, es encontrar su propio proyecto de sentido para él mismo, que la vida valga la pena. Lo que tenemos que plantearnos es: ¿qué proyectos tengo en la vida?, ¿qué es lo importante y lo secundario

para mí?, ¿cómo puedo vivir una vida que merezca la pena?, ¿cómo puedo decirle a los demás que sí vale la pena vivir? En ese sentido, las religiones, creencias, doctrinas e ideologías juegan un papel importante, pero la misma valía tienen los sentimientos y afectos: que me sienta protegido, acompañado, potenciado... que *me sienta* —eso es fundamental—. La religión se dirige al corazón y al cerebro, a la inteligencia, por eso tiene tanta potencialidad y es tan ambigua y peligrosa, porque puede desencadenar movimientos grandiosos, pero también ideas de lo más destructivas. El problema es cuáles valores son aquellos humanos que desarrolla una religión.

A esto podemos añadir que en el ser humano hay dos condicionamientos: interno y externo. El primero se refiere a nuestro mundo interior, o sea, la conciencia, esa capacidad cognitiva. Por otro lado, el condicionamiento externo es la crianza que recibimos. Así, somos una construcción social, algo que se está construyendo; por eso la identidad nunca está acabada y siempre está en proceso de evolución; y según la etapa en que nos encontremos, nuestra edad y contexto, debemos analizar nuestra identidad. Se trata del proceso de humanización: cuanto más universales seamos, que más hayamos roto el horizonte de lo local, en lo que vivimos, más identidad local podemos tener.

Por ejemplo, nunca me he sentido más español que cuando viví en el extranjero, y cuanto más vivo fuera, en otra cultura, puedo captar cosas que tiene ésta que no tiene la mía, o que no las tienen potenciadas como la propia; al mismo tiempo, descubro riquezas en mi cultura que obedecen a fallos que observo en la cultura en que vivo. Lo diferente nos enriquece y ayuda a descubrirnos, por ello el ser humano necesita la alteridad, la cual nos plantea muchos problemas, porque la diferencia, el ser diferente, es conflictivo. Cuando todo el mundo piensa de la misma manera, los conflictos son menores; cuando pensamos de forma distinta puede haber un choque de trenes, de ideologías, pero la alteridad, la heterogeneidad, la diferencia, en principio, son enriquecedoras para el ser humano, y vamos a tener que vivir mucho con ello porque la globalización nos va a condicionar a todos.

La pluralidad es algo fáctico, y en la sociedad globalizada mucho más. Pero ella no solamente es algo fáctico que tenemos que abordar, sino que, en principio, es positiva, porque nos obliga a ver la vida desde el punto de vista del otro, desde las diferencias, relativizar nuestras propias visiones, observar lo condicionados que estamos. Tenemos que vivir un proceso en que nuestro horizonte se vaya ampliando cada vez más porque, al conocer otras culturas diferentes, voy percibiendo mucho más lo específico de mi propia sociedad y cultura, pero, al mismo tiempo, empiezo a enriquecerme con otra cultura nueva y una nueva manera de ver la vida.

De ahí la problematicidad e importancia, al mismo tiempo, de la educación y los medios de comunicación social, porque hoy estos últimos son de alguna forma la gran maquinaria de identidad y educación de las personas. Ahí tenemos un problema cada vez mayor y que, además, ha sido muy analizado desde la filosofía y la psicología, así como desde las ciencias humanas o la sociología, que es la colonización mental: la persona se cree independiente y actúa por sí misma, pero en realidad no es capaz de captar hasta qué punto está interiorizando pautas de conducta y concepciones de la personalidad producidas fuera de él, las cuales asimila como propias. Entonces, se pierde la autenticidad, por tanto, la inteligencia espiritual nos obliga también a un discernimiento acerca de nuestros influjos. No seamos ilusos: todos los tenemos, estamos prejuiciados y con condicionamientos, no hay nadie que se escape. Lo que podemos tener es conciencia de nuestros prejuicios y nuestras predisposiciones, pero no podemos contar con la expectativa de una neutralidad a la hora de abordar la personalidad.

Los cambios educacionales

Por un lado, el modelo de educación en las sociedades actuales está condicionado por la cultura de la imagen, porque ya no estamos en la del libro, de Gutenberg, sino en la de los medios de comunicación

social. Una imagen vale más que mil palabras. Vivimos la revolución de la imagen que está cambiando el mundo.

Hoy, gracias al desarrollo en la sociedad, hay muchas más posibilidades de que la gente acceda a la educación superior; sin embargo, hay un contraste entre el modelo educativo como se concebía en décadas pasadas y el de hoy. Antes, se buscaba que el universitario fuera una persona capaz de desarrollarse en las distintas ramas del saber: podía hablar de arte, música, pintura, literatura, geografía o ciencia... Tenía una visión global y, en ella, una especialidad, pero dentro del conjunto de saberes. En cambio, ahora nos encontramos con un proceso que ha venido determinando la civilización científico-técnica, en la cual se está produciendo un divorcio entre la ciencia y las humanidades y, en consecuencia, la decadencia de las humanidades. Porque la educación superior se ha ido enfocando cada vez más al conocimiento científico-técnico, ya que esta rama del saber está vinculada al trabajo, marcado cada vez más por la eficiencia de lo material y los recursos, por la competitividad a través de la cual desarrollamos capacidades de forma más intensa y eficiente. Los demás saberes, como la literatura, la música y el arte, no están directamente implicados en la eficiencia científico-técnica y, en automático, se produce una devaluación de las humanidades. Debido a lo anterior, empieza a generarse el problema de las sociedades que potencian de gran manera lo científico-técnico, pero dejan muy poco desarrollado el saber humanista, pues establecen más la dicotomía entre la ciencia y las humanidades, con lo cual, al final, los que estudian humanidades no saben casi nada de ciencia, y los que aprenden ciencias no saben casi nada de humanidades.

Por otro lado, el segundo elemento es la *súper especialización*: el “idiota profesional”, el que sabe muchísimo de algo muy específico, muy pequeño, y no sabe más de todo lo demás. Es el que acaba en una especialización en la que va recortando cada vez más el saber y, en ese saber pequeñito, eres el que más sabe del mundo; a lo mejor, dentro de la maquinaria, eres el que sabe mejor cómo funciona la

batería, pero luego no tienes ni absoluta idea de lo que es el motor en general. El horizonte se nos va recortando cada vez más, perdemos la visión de conjunto, el todo, y nos quedamos con una parte cada vez más atomizada, más desprendida del todo, aislada, en la que tenemos menor capacidad para hacer valoraciones de conjunto; y estas últimas son las que determinan nuestros proyectos de vida, qué es lo que quiero ser, hacer, cuál es el proyecto con el que me siento identificado, cuáles son las condiciones desde las que tengo que abordar los problemas. Se produce una súper especialización y un funcionalismo cada vez mayor, con lo que se va perdiendo cada vez más la capacidad de hacer juicios globales.

Lo que la educación buscaba en su origen, y que en teoría sigue buscando, es enseñar a ver y pensar, juzgar, enseñar a las personas a decidir por sí mismas. Sin embargo, en este nuevo modelo lo que se produce es un empobrecimiento en la cultura, que además está marcada por la formación universitaria, centrada en la transmisión de conocimientos para adquirir un título con el que puedo conseguir un puesto de trabajo. Es verdad que tiene que haber una utilidad de los estudios universitarios para la sociedad, las empresas y el mundo en que vivimos, eso es innegable; pero si a fin de tenerla tengo que prescindir de todos los valores humanos con los que configuro mi propia personalidad y me capacito como persona, entonces se convierte en un fraude; porque genera trabajadores especializados, pero no personas que puedan ser ciudadanas y jugar un papel importante en la sociedad y determinar los proyectos sociales, buscando los que más sirven al ser humano y no a la fábrica, la empresa o la multinacional en la que trabajas y sirves. Ser maestro no sólo es transmitir contenidos sino valores humanos, así como ayudar a las personas que los reciben a que por sí mismas descubran sus propios valores y se pregunten qué es lo que quieren ser y hacer en la vida.

Nos damos cuenta de la crisis que tenemos en la educación, puesto que el individuo se ha empobrecido, *súper especializado* y reducido cada vez más a esa súper especialización —lo cual también conlleva

una crisis de civilización porque estamos pasando de la cultura del libro a la de la imagen—. Lo que nos conduce a un tercer elemento: es necesario analizar la colonización de los individuos por la cultura y la sociedad a través de los medios de comunicación, la educación, la familia y los distintos ámbitos en que nos movemos. La cultura de la imagen es muy positiva porque responde a lo que muchas veces la cultura del libro no ha ofrecido, aunque lo ha intentado: tiene una enorme capacidad para avivar algo que el libro no siempre ha sido capaz de determinar de la misma manera y con la misma fuerza, ya que está dirigida directamente no sólo al mundo de la racionalidad, sino de lo afectivo, lo emocional, los deseos, algo inserto en la naturaleza humana: la imitación de personajes.

Lo que no hace la cultura de la imagen es ofrecernos una imagen del mundo, sólo representaciones. Cuando vemos una película, se nos transmite una concepción del mundo, un modo de interpretar la vida. La imagen nunca es neutral, hace una selección y nos ofrece una representación, la cual puede convertirse en la realidad y, cuando ésta se convierte en ella, perdemos los pies y el asiento en la vida real y ponemos nuestros pies y nuestras raíces en la cultura de la representación. Por lo tanto, lo que vivimos es el gran problema de hoy: la representación del mundo que nos ofrecen los medios de comunicación social.

Para lo anterior, hay que tener en cuenta que los medios de comunicación están al servicio de aquellos que tienen el control y la capacidad económica, política y social para controlarlos. Por eso, en política se habla hoy de que, además de los tres poderes clásicos que hemos tenido siempre, o sea, el ejecutivo —el gobierno—, legislativo —el del parlamento— y judicial —los jueces, que en teoría tendrían que ser independientes—, ya no lo son, y ahora tenemos un cuarto poder: los medios de comunicación social. El que controle la educación y los medios de comunicación social controla el mundo: de la representación, la imagen, los *mass media* que hoy son un gran instrumento educativo e, incluso, a veces tan importante o más que el mundo de la escuela, la universidad y la educación.

Uno de los grandes retos actuales en la educación es educar para criticar los medios de comunicación social y las representaciones que producen. Porque la problemática de un modelo de sociedad en que se establece una sociedad de la representación, imaginaria —que es la de los medios de comunicación social que desplazan la realidad—, es que ya no se vive en la realidad sino en la sociedad que te han presentado. Dicho de otra manera, lo que no sale en los medios de comunicación, no existe. Eso nos plantea una gran cantidad de problemas y tenemos que capacitar a la gente para ver, porque, incluso hoy, los contenidos pasan a un segundo plano. Por ejemplo, la publicidad se convierte en un eslogan repetitivo para vender. Lo que comúnmente se conoce como *posverdad*, que se refiere a que lo importante ya no es la verdad, sino la verdad que se impone, es decir, *una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad*. Así, perdemos ya las referencias, estamos marcados por la repetición que confundimos con la verosimilitud y eso produce la pérdida de referencia de contenido porque la publicidad, de alguna manera, ejerce un influjo en las personas al margen de los contenidos, que pueden ser absolutamente nocivos y perjudiciales; pero éstos no se perciben así, sino que se convierten en la clave de las verdades, de las cuales tenemos que abordar los problemas de la vida, lo que podemos ejemplificar de manera muy sencilla: antes comprábamos un objeto porque era bueno, ahora ya no vale la calidad de éste sino la marca, es decir, una que sea prestigiosa; con lo cual caemos de nuevo en que el mundo de la representación desplaza al de las realidades, y ya no compramos realidades sino publicidad de las realidades; y si compras la publicidad de las realidades, has desbancado a éstas. Vivimos en un mundo falso y, si es así, inevitablemente los proyectos que hagamos, las valoraciones y evaluaciones de nuestra capacidad de inteligencia van a ser de una que es falsa, porque no hay capacidad de discernir ni criterios desde los cuales podamos evaluar. Esto desencadena una pérdida de referencia del individuo que luego va a afectar en los problemas políticos, culturales, sociales, es decir, afecta todo el círculo en que se desenvuelve el animal humano.

De esta forma, esto desemboca en un problema más y es que, si alguien se comportaba de manera incorrecta antes, es decir, transgrediendo las normas de la sociedad, tenía que enfrentarse con la ley, la policía o, si hacía falta, hasta con el ejército, y esto sigue siendo verdadero. Sin embargo, el mayor represor que existe en nuestras sociedades modernas es la propia mentalidad, es decir, la sociedad tiene una serie de normas y, a su vez, hay determinadas instituciones que vigilan el cumplimiento de éstas y pueden actuar de forma represiva contra aquel que no se comporta. Pero hoy se produce una transformación, que tú seas tu propio represor, que no sean otros: no es el miedo a la autoridad, a la ley, a la policía o al ejército el que te lleva a comportarte, sino que tu mentalidad ha cambiado, logrando que te comportes en tu vida privada y pública de acuerdo con aquello que han establecido los medios de comunicación social y han logrado que interiorices como parte de tu propia personalidad.

La importancia de la ética en una sociedad científica

Lo anterior nos lleva a lo que apuntamos como pérdida del individuo autónomo, es decir, aquel que es incapaz de criticar, reflexionar, tener convicciones. Ir a contracorriente tiene un costo, ser diferente lo tiene, y lo que busca hoy la sociedad, desde los medios de comunicación, es la homogeneidad de las personas, que no piensen, reflexionen ni critiquen. Son problemas enormes que las futuras generaciones van a vivir mucho más, porque la potenciación de todos estos medios de comunicación social y cambios apenas comienza. Vivimos todavía la prehistoria de la cultura de la imagen y los medios de comunicación universales, que poco a poco transforman al mundo, a los hombres y a las mujeres modernos, pero que, al mismo tiempo, empobrecen al ser humano.

Eso supone, primero que nada, que la ética es un elemento fundamental en el ser humano, porque nos dice qué es lo que debemos evaluar y cuáles son los criterios con que debemos hacerlo, lo que no

nos da la naturaleza. Hemos empleado muchas veces un apelativo que hoy se utiliza demasiado, incluso para resolver problemas; por ejemplo, a veces decimos: esto es *contra natura*, con lo que queremos decir que la naturaleza humana nos da una normatividad, e ir contra ella supone algo que destruye al ser humano. Pero esto hay que relativizarlo enormemente porque la naturaleza no nos da normas, las cuales las ponemos al evaluar los hechos naturales. La naturaleza no da normas, sino hechos; el problema es cómo los interpretamos. Ahí entra la cultura, la cual, hasta en eso tiene que ver con nuestras convicciones, creencias, nuestros valores, con las opciones que hemos tomado para decidir y evaluar las que van o no a determinar nuestro proyecto de vida; por tanto, la ética desborda la naturaleza.

Podríamos decir que durante mucho tiempo la moral ha tenido estrechos vínculos con la religión, que ha sido la que ha determinado el comportamiento de los seres humanos por generaciones, durante muchísimo tiempo. Sin embargo, hoy ésta retrocede, pierde capacidad de influir y, por así decirlo, de determinar la conducta de las personas. Lo que surge cada vez más como determinante de nuestra manera de entender la vida es la ciencia, la revolución científico-técnica, la cual se ha erigido como modelo de la sociedad en que vivimos, con todas sus consecuencias.

Por lo tanto, este modelo se sustenta en algo primordial: la ciencia establece hipótesis, teorías y luego busca hechos empíricos de la naturaleza, el universo, que puedan desmentir o confirmar la teoría establecida. Sin embargo, la naturaleza nos da hechos, mientras que las teorías las construimos nosotros. Eso sirve para la ciencia y la técnica, para el mundo material en que vivimos, para comprobar las leyes de la naturaleza, descifrar, por así decirlo, el mundo de lo material, pero no agota el problema de lo humano; éste es mucho más amplio porque consiste en que necesitamos valores que determinen nuestra conducta, los cuales no son susceptibles de englobarlos en el ámbito de la ciencia, que comprueba con hechos empíricos la validez de la teoría.

Wittgenstein, filósofo austriaco, uno de los grandes pensadores del siglo XX, decía: “cuando la ciencia ha resuelto todos los problemas científicos, los grandes problemas de la humanidad siguen siendo problemas sin resolver”; y lo siguen siendo porque los grandes problemas humanos no son científicos, por muy importantes que sean para los seres humanos. Sin duda es necesario saber cómo utilizar la energía eólica, solar, nuclear, entre otras, pero una vez que hemos sido capaces de tener un aparato científico que, por así decirlo, logra dominar el mundo, debemos preguntarnos para qué lo vamos a utilizar y en función de qué meta, modelo de sociedad, ideal del hombre o valores humanos. Ahí entran la moral, la ética, la política, la religión, la filosofía y la ciencia humana. La generación a la que pertenezco ha hecho un cambio político: pasar de una sociedad pobre a una que, con todos sus condicionamientos y limitaciones, está entre las sociedades desarrolladas y ricas. Hemos hecho, por tanto, un cambio cultural que, desde ese punto de vista, ha generado progreso y nivel de bienestar; pero nos ha faltado algo determinante: una revolución moral, de valores humanos a través de los cuales fuera posible un modelo de sociedad, uno diferente al que tenemos ahora, y eso no hemos sido capaces de hacer, por lo que lo tienen que hacer los jóvenes. Uno de los grandes problemas que van a encontrarse como generaciones es que tienen que cambiar el modelo de sociedad en que vivimos, porque el actual, basado simplemente en el desarrollo científico-técnico, al final nos llevará a la destrucción, empezando porque nos crea una cantidad enorme de problemas con los que la misma supervivencia de la raza humana empieza a cuestionarse. El hombre es el animal más inteligente, pero también el más peligroso y destructivo.

Desde esta perspectiva, lo verdadero no siempre es lo científico, puesto que la ciencia necesita valores humanos, la ética. La ciencia es un instrumento fundamental sin el que no podemos vivir, y debemos darle las gracias a la revolución científico-técnica que nos permite cosas que no hubieran sido imaginables hace un siglo. Pero la ciencia tiene que desarrollarse y potenciarse, el progreso científico-técnico

tiene que estar acompañado de un progreso moral y cultural, y eso no hemos sabido hacerlo en el siglo XX, que ha sido el de la revolución científico-técnica.

Por lo tanto, nuestro gran problema con la enorme capacidad científico-técnica desarrollada es que podemos empobrecer el planeta Tierra en que vivimos; de hecho, hay cada vez más atentados a la naturaleza que hacen que la fauna y la flora desaparezcan paulatinamente, porque hemos desarrollado un instrumento potentísimo, pero no hemos desarrollado una conciencia moral, ética, humanista que, de alguna manera, nos lo permita utilizar de forma racional y que los recursos estén al servicio de la supervivencia del ser humano y no de la explotación indiscriminada por la que agotamos las fuentes de la riqueza. Por lo tanto, la inteligencia espiritual no es sólo ser ecologista, lo que supone una revolución cultural: debe entrar a una inteligencia que no es sólo científico-técnica, sino espiritual. La educación, en lo fundamental, es capacitar a la persona para que pueda desarrollar sus propias potencialidades y capacidades; evidentemente, todos las tenemos, pero va a depender del tipo de educación y entorno educativo que podamos desarrollar nuestras capacidades.

Por otro lado, el cambio de civilización que vivimos ofrece un montón de oportunidades y retos, lo mismo que instrumentos que nuestros abuelos y bisabuelos no soñaron. Nos encontramos de nuevo con el gran problema: el ser humano se ha hecho mayor de edad, tiene hoy posibilidades y capacidades que no ha tenido nunca en la historia de la humanidad, pero eso que ofrece grandes retos y posibilidades está también amenazando con grandes problemas y peligros; somos los protagonistas, ahí no podemos esperar, como ha pasado en otras épocas de la historia, que lo que hayan hecho nuestros padres esté ya hecho y ahora nosotros podamos disfrutar de lo que hicieron. Esto lo hacemos nosotros —y, diría: o lo hacen ustedes las generaciones más jóvenes— o no lo va a hacer nadie. El futuro en realidad está por construirse, pero para hacerlo tenemos que ser conscientes del presente, y para ello nos hace falta una inteligencia cultural, espiritual

que nos permita hacer una evaluación y puesta en común desde donde encontremos condiciones, creencias y pautas de comportamiento que sirvan de referencia a nuestro propio proyecto de vida personal y colectiva, a la nación o al Estado dentro del cual nos desarrollamos y vivimos.

Por lo tanto, para recapitular, podemos observar la inteligencia espiritual desde una perspectiva sociológica en la que se da mucha importancia a lo educativo, es decir, el ser humano como un ser que evoluciona y con una enorme capacidad de aprendizaje. Las limitaciones de nuestra propia individualidad tienen el amortiguador de nuestra capacidad de asimilar contenidos experienciales, así como cognitivos, de la cultura y otras personas, los cuales podemos integrar en nosotros mismos. De ahí la problemática e importancia, al mismo tiempo, de la educación y los medios de comunicación social, porque hoy son, de alguna manera, la gran maquinaria de identidad de las personas.

Un tercer elemento que hay que analizar es la colonización de los individuos por parte de la cultura y la sociedad a través de los medios de comunicación, la educación y la familia, en los distintos ámbitos en que nos movemos. Hoy vivimos la revolución de la imagen, la cual ya está cambiando el mundo —no es que lo va a cambiar, es que ya lo está haciendo—. Algunos teóricos hablan del fin del individuo autónomo en nuestra sociedad, pues cada vez más nos encontramos con el individuo masa, el que está integrado en un colectivo que, de alguna manera, devalúa su propia personalidad. Y para esto, un último elemento a considerar es que, evidentemente, somos un cuerpo espiritualizado y un espíritu corporeizado; insisto en que somos una realidad psicossomática: lo corporal influye en lo espiritual, y viceversa.

La inteligencia espiritual

Como base de la inteligencia espiritual, me centraré en la religión como problema, lo que nos lleva a abordarla no sólo desde lo

específicamente religioso, sino como un hecho antropológico y sociológico-cultural. Así, la religión es algo que importa a todos por su enorme influencia tanto en la sociedad como en lo personal. En cuanto exploramos los orígenes de la humanidad y encontramos los primeros restos del animal humano, observamos elementos religiosos. Esto es un hecho arqueológico, científico. Enseguida, podemos decir que la religión es una creación humana. Los animales no tienen religión, los seres humanos sí; por tanto, es un hecho que está ahí, universal. En todas las culturas, los continentes o las sociedades hay un sistema de creencias y otro de prácticas, no podemos negarlo. Muchos antropólogos consideran que los rituales son anteriores a los sistemas de creencias, es decir, que estas últimas surgen desde una dinámica que es el ritual; sin embargo, lo que no podemos discutir es que el ser humano es un ser también *cúltico*, centrado en los rituales. Necesitamos rituales mediante los que podamos adquirir una serie de tradiciones y costumbres determinantes en nuestra manera de abordar el mundo; ahí la religión juega un papel esencial, anclada a los rituales religiosos y sistemas de creencias. Es posible diferenciar que, en el ritual, nuestra percepción del mundo y la religión se mantiene de una manera más estática que en el sistema de creencias, puesto que podemos mantener el mismo ritual y, sin embargo, haber cambiado nuestra mentalidad y nuestro sistema de creencias; por tanto, eso está ahí.

Si la religión es un hecho permanente, antropológico, sociocultural y universal a lo largo de los siglos y milenios es que ha cumplido alguna función. Lo digo de otra manera para que quede claro: aunque Dios no existiera, siempre habrá religiones, porque éstas responden a una serie de necesidades humanas; siempre que exista el ser humano con esas necesidades, va a acabar generando un sistema de creencias y rituales que respondan a ellas. Por tanto, si las religiones existen y han persistido es que han servido a la evolución humana, con todas sus limitaciones, ambigüedades y contradicciones, que evidentemente tienen, hasta tal punto que podemos hacernos una pregunta discutida, y es que en la antropología no hay consenso en ello: ¿se puede decir

que existe el *homo religiosus* y que, por tanto, la religión es constitutiva del ser humano? Aunque lo fuera, no quiere decir que todo el mundo tenga el mismo interés por ella. El arte, por ejemplo, es constitutivo del ser humano, pero no todo mundo tiene interés por él ni la misma capacidad artística; es decir, no me refiero a la individualidad de cada uno ni al peso que tiene la religión en cada quien —lo cual está afectado por nuestra biografía—, sino a que el hecho religioso nos lleva a plantearnos si la religión es un elemento constitutivo de la naturaleza del hombre; entonces, la religión no sería algo coyuntural que se plantea en un momento determinado y puede desaparecer en otro momento, sino que sería un hecho constitutivo que está siempre ahí; puede ser coyuntural para el individuo, como que puedo ser una persona religiosa en un momento determinado y dejar de serlo, o, a la inversa, no serlo y descubrirlo, y entonces hacerme persona religiosa. El individuo es una historia por analizar de una manera singular, pero el problema que se plantea es si hay una dimensión religiosa en el ser humano y, de ser así, cómo se especifica, y ahí nos encontramos la variedad de las religiones. Existen miles, pero nosotros nada más conocemos las grandes; dentro de la historia de la humanidad, muchas han desaparecido y aparecido, a la vez que siguen surgiendo muchísimos elementos de las religiones.

¿Por qué surgen las religiones? Porque hay necesidades humanas. ¿Cuáles son éstas? Dicho de otra manera, ¿para qué sirve la religión? Podemos afirmar que las religiones sirven para varias cosas: por un lado —y eso se ha investigado desde la antigüedad—, el ser humano es un animal que no acepta la contingencia, la finitud y la limitación como lo último; es decir, no sólo tenemos hambre de inmortalidad, de pervivencia, sino de autoafirmación, si bien somos conscientes de lo finito y limitados que somos porque sabemos que tenemos un origen, nuestro nacimiento, y que vamos a tener un fin. Y esto lo tienen los animales, todos los seres vivos, ya que todos son finitos, limitados, y tienen un tiempo de duración; pero la diferencia está en que el ser humano tematiza, reflexiona sobre la finitud y limitación y, desde ahí,

según entienda éstas, su nacimiento y muerte va a configurar su propia vida; esto es, el significado de la vida y la muerte es determinante para el ser humano. Como raza humana, damos vueltas constantemente al significado de la muerte porque, según el significado de ella, también es el significado de la vida, y, según el significado de la vida, vamos a comprender la muerte. Por tanto, un primer elemento tiene que ver con la muerte, y ahí tenemos los aspectos positivo y negativo de la religión. Es famosa la afirmación de la filosofía griega: “El miedo a la muerte es el que hace surgir la fe en los dioses”. Por lo que la religión tiene que ver con la vida porque es necesario un proyecto en el que nos preguntemos a dónde vamos, qué queremos hacer, cómo deseamos construir nuestra propia existencia, qué significado vamos a darnos, entre otras preguntas fundamentales del ser humano. La religión nos ofrece un proyecto de vida, cada una lo brinda, y hay distintos; por tanto, también hay distintos proyectos de religión. Así, ésta no es sólo algo relacionado con la muerte, sino con la vida y cómo la organizamos. Nos marca normas, creencias, maneras de abordar los acontecimientos mediante los cuales se ofrece algo muy necesario para el ser humano: dar un sentido a la vida, ofrecer un proyecto de sentido, que supone brindar una ética, una moral, una disciplina y una interpretación. Las religiones son interpretaciones del ser humano, de la vida.

Las religiones son hermenéuticas existenciales y, por lo tanto, nos ofrecen una hermenéutica, la manera de comprender al mundo, al ser humano y a la vida, que tiene una religión determinada, que evidentemente va a influir en la cultura y estar condicionada por ella y la sociedad. Se trata de proyectos de sentido en los cuales un lugar primordial es el sufrimiento, porque también es concomitante del ser humano: no hay vida sin sufrimientos, sin dolores, desde lo físico que todos experimentamos, hasta los espirituales y los anímicos. Las religiones son también determinantes para abordar el sufrimiento, ya que nos ayudan a reflexionar qué significado tiene éste, cómo abordar esa situación y enfrentarme con lo negativo de la vida, qué significado puedo dar a lo positivo de ella, qué es lo importante y lo secunda-

rio. Las religiones tienen una serie de referencias y funciones, lo que nos plantea de nuevo el problema de si nos ayudan a elaborar un proyecto de sentido personal y colectivo, y si entran en crisis en un momento determinado de la historia, pues hay situaciones históricas de crisis que han provocado incluso que algunas desaparezcan; lo que pasa es que, según la teoría que expongo, en cuanto una religión desaparece se ponen los cimientos para que surjan otras que ocupen el lugar vacío.

Hoy, la pregunta es si vivimos un nuevo tiempo-eje que supone una reestructuración de todas las grandes cosmovisiones de la humanidad que surgieron en la época de Confucio, Buda, Zaratustra, los grandes profetas de Israel, la filosofía griega, entre otras. Hay algunos siglos en que la humanidad ha ido configurando sus formas de ver el mundo y durante varios milenios se ha vivido en torno a ellos. En este contexto, surgen las religiones y en ellas hay dos grandes líneas: orientales y occidentales. De forma simple, las primeras son fundamentalmente cósmicas, es decir, buscan lo absoluto, aunque, en general, siempre están en búsqueda de lo absoluto, puesto que no nos conformamos con lo finito, contingente, vulnerable, sino que indagamos lo que va a permanecer, lo que hacía la filosofía griega. De las religiones cósmicas, que son las orientales, la más filosófica es el budismo, tan filosófica que se discute si es religión o una filosofía con connotaciones religiosas; pero el budismo es determinante —y en Europa hay mucho interés por él— porque viene a decirnos algo fundamental: lo absoluto lo encontramos en el cosmos y la persona humana es una ilusión; el yo personal que todos tenemos es efímero, contingente, aparente. En realidad, tenemos que superar los prejuicios del yo, de la persona, las ilusiones —por así decirlo—, para centrarnos en el cosmos y buscar allí lo absoluto, lo último; lo cual lleva a algo que para los occidentales —aquí incluyo a América y Europa como los dos referentes fundamentales— es inadmisible, porque para ambos lo fundamental no es el cosmos, sino la persona. Occidente es antropocéntrico; Oriente es cosmocéntrico.

Las tradiciones occidentales son antropomórficas porque son antropocéntricas; dicho de otra manera, no tenemos más remedio que pensar humanamente el universo, ni más solución que pensar humanamente lo divino. Si por lo menos en el planeta Tierra —no sabemos si en otra galaxia, sistema o planeta hay vida inteligente, superior, como es la vida humana en la Tierra— lo máximo que hay es la conciencia humana, es inevitable que, al pensar en Dios, lo representemos con categorías humanas que son nuestra proyección. Somos los que hacemos un retrato de Dios, pero no podemos concebirlo de otra manera que no sea humano, porque nuestro pensar es humano; es, si lo queremos, la manera más eficaz y absoluta para representarnos a Dios. De ahí surgen las religiones personales, y en éstas Dios es el gran Tú; aquí no hay la mística oriental en que la gota de agua se integra en el océano o el mar y desaparece, sino que vemos la experiencia personal como constitutiva de lo divino y humano. De tal manera que Dios es un gran Tú, y que el encuentro entre Dios y la persona es la manera a través de la cual entendemos la fusión. Dios es el otro para nosotros, aunque no sea algo externo, pero no tenemos más remedio que tratar a Dios como un *tú* personal; por lo tanto, estamos con la problemática del Dios personal que es una representación de Dios.

En el contexto en que se plantean las religiones personales, surge el origen de la religión. ¿Cuál es su origen? Desde la perspectiva de las religiones personalistas, que son las nuestras, surge a partir de una persona que tiene una experiencia de Dios, con lo divino, la cual comunica. Se trata de alguien que tiene una vivencia subjetiva por la que siente que entra en contacto con la divinidad.

Aquí empiezan los problemas, sobre todo para la filosofía, porque, cuando se trata de la ciencia, puede elaborarse una teoría, la cual tiene un referente empírico que es la naturaleza; entonces, lo que hacemos es aplicar la teoría que hemos construido a los fenómenos naturales y ver si funciona; pero aquí no tenemos un referente empírico independiente de la experiencia subjetiva que hemos tenido de lo divino, es decir, si éste existe: lo hace en cuanto se comunica, experimenta.

En las tradiciones occidentales, decimos en cuanto se revela: Dios se revela —e inspira al hombre—. El hombre que se siente inundado por lo divino es quien tiene una experiencia de lo divino, la cual es subjetiva. Lo primero en la religión no es la Iglesia, la institución, sino lo que podemos llamar lo carismático, experimentable, lo subjetivo. Tengo la experiencia de sentirme inundado por algo que a uno lo marca, una fuerza que de alguna manera nos agarra, domina, impregna; es lo que llamamos tener una experiencia de Dios. Y no es algo que puedas controlar, sino que se te impone y vas a interpretar, porque tenemos que interpretar nuestra experiencia subjetiva y religiosa, pero la interpretamos desde la religión y la cultura a la que pertenecemos. Si existe Dios, se inspira y comunica a un hindú, europeo o africano. Los rostros de Dios y las interpretaciones de lo divino que hace cada uno son distintas porque no es sólo la experiencia, sino la interpretación que de ella se hace: ponerle un rostro desde la cultura de pertenencia.

Es inevitable interpretar los hechos, en particular el de que empiezas a comunicarte conmigo y, al hacerlo, la imagen que voy a tener de ti estará condicionada por las experiencias subjetivas que tengo, desde las cuales estoy interpretándote. Por eso la interpretación que hago de ti no es la misma que la que hace tu vecino, porque cada uno la hacemos desde nuestra propia subjetividad; por tanto, nuestra manera de concebir a Dios va a estar condicionada por la religión y la cultura a la que pertenecemos, así como por la experiencia que todos y cada uno hemos tenido a lo largo de nuestra biografía. Los hechos siempre son interpretados. El problema de la revelación, que es crucial, es que Dios está comunicando algo, pero está comunicándolo a ti, y ahora tienes que ponerle un lenguaje e interpretarlo, con lo cual la revelación pura no existe; la hay en el ser humano que se siente inspirado por lo divino y que, de alguna manera, condiciona la inspiración divina por su interpretación de ello. Lo podemos notar con otro ejemplo para los que conocen la religión cristiana: tenemos cuatro evangelios que nos hablan de la misma persona e historia, pero cada uno la cuenta de una manera distinta, porque cada uno la ha

percibido en su propia tradición y tiene elementos diferenciados. La pluralidad de interpretaciones no es una falsedad de los hechos, sino algo constitutivo de los mismos, abiertos a la pluralidad de interpretaciones. Por eso, si hay un Dios que se comunica, habrá distintas interpretaciones de Éste, comenzando por la oriental y la occidental, que no son iguales. A partir de ahí, lo primero es la experiencia, ya que ésta supone que una persona ha tenido una revelación, que en las tradiciones cristiana y judía consiste en que se siente inspirada, pero inevitablemente la persona deja su huella en la revelación.

Por otro lado, el islam propone una diferencia clara, y es que el Corán, el libro sagrado que recoge sus tradiciones, no es simplemente un libro inspirado, es palabra divina; es decir, un ángel de Dios, Gabriel, dictó al profeta lo que éste escribe. Lo único que hace el profeta es escribir lo que Dios le dicta, con lo cual, para el islam, el Corán es la lengua de Dios. Para los cristianos, la Biblia es lenguaje humano inspirado por Dios, pero lenguaje humano, no divino en el sentido de que no es la lengua de Dios, pues no tiene lengua humana, que es sólo nuestra. El punto de partida es que las religiones son la experiencia, por eso ésta tiene que generar espiritualidad, vivencias, maneras experienciales de vivir. Lo que nos ofrece la religión es un proyecto de vida, y experimentarlo es lo que nos constituye como personas pertenecientes a una religión, no a un sistema cognitivo aislado de nuestra vida, sino a una praxis humana, una manera de vivir, y es lo que constituye el elemento fundamental de la religión. Por tanto, lo que tenemos que hacer es intentar vivir una experiencia que tenga que ver con la del fundador, relacionada con la que sintieron aquellos que pusieron en marcha esa determinada visión que es lo que llamamos religión. Pero aquí encontramos los problemas: las experiencias personales son efímeras, contingentes, limitadas; están condicionadas porque el que las ha tenido sabe que antes o después se va a morir, a desaparecer. Hay que tomar la experiencia y transmitirla, y para ello hay que crear instituciones que la mantengan y la recuerden.

La religión: experiencia e institución

Así surgen las Iglesias, las cuales son la institucionalización de la religión, absolutamente necesaria para cualquier ámbito de la vida. Si quieren recordar no sólo lo que he dicho, sino conservarlo, tienen que institucionalizar lo que les digo y, la manera de hacerlo cuando no había televisión, micrófono, radio, grabaciones ni internet, era la transmisión oral: yo le comunico a otro lo que me han contado que ha dicho el profeta, o lo pongo por escrito. La escritura nos ha abierto un mundo nuevo, es una de las grandes invenciones del ser humano porque, en cuanto lo tenemos por escrito, ya estamos superando la finitud, tanto del que ha experimentado como del que lo ha escrito. El escrito sigue estando ahí, por lo que podemos tener una institucionalización.

Normalmente, una religión genera tres dinámicas institucionales: poner por escrito un cuerpo que conserve la experiencia inicial; establecer una serie de rituales, cultos, acciones relacionadas con la experiencia religiosa y, finalmente, atender el sistema de creencias.

Para explicar estos puntos, podemos tomar de ejemplo la religión cristiana y el escrito que preserva la experiencia inicial, la Biblia, seguido de la serie de rituales que recuerdan esa experiencia inicial, que sería la acción de establecer un puente entre mi manera de vivir y la de Jesús de Nazaret, sabiendo que él perteneció a otra cultura, época, con problemas que se presentaban de forma diferente. Entonces, si Jesús de Nazaret fue bautizado en el Jordán por Juan el Bautista, y ésta fue una experiencia que lo marcó, los cristianos intentarán prolongar esa experiencia de Jesús, instituyendo un sacramento que se llama bautismo. Y como última dinámica, al mantener un sistema de creencias, los cristianos nos reconocemos en Jesús y desde ahí configuramos una identidad. El judaísmo es, por así decirlo, la tradición última de la que deriva la tradición de la que venimos, esto es, es parte de nuestra propia identidad y nos ha legado unos retratos de Dios determinantes: Dios creador, Dios señor de la historia, el Dios que es

espíritu, el espíritu de Dios que se hace presente. El Dios al que tenemos que llamar Padre nos da una serie de retratos que, en parte, van a ser asimilados por Jesús de Nazaret, así como por el cristianismo, y en parte cambiados, porque Jesús cambió una serie de cosas de su religión; por eso el cristianismo no es el judaísmo.

Aquí tenemos el proceso: experiencias, inspiración de la persona, fundación de instituciones y, en éstas, las autoridades. Toda religión tiene representantes: sacerdotes, profetas, chamanes o ayatolas. El nombre da igual, pero en última instancia hay gente que se denomina, de alguna manera, representante de la institución y, al mismo tiempo, se siente, por así decirlo, vinculada con la tradición que han generado esas instituciones. Llegan los problemas: las Iglesias, las instituciones religiosas, surgen de la experiencia, y la misión que tienen es conservar la experiencia inicial, transmitirla y ver si otras personas pueden tener la misma experiencia que tuvieron los fundadores; porque de eso se trata, de repetir con creatividad el estilo de vida que tuvo Jesús de Nazaret, adaptándolo a los condicionamientos históricos y sociales en que vivimos. Pero, ¿cuál es el problema de las instituciones? Son necesarias para preservar la experiencia, pero son ambiguas y peligrosas. ¿Por qué? Porque tienen que servir y potenciar la experiencia, pero tienen el peligro y la tentación —que se repite constantemente en la historia— de querer sustituir la experiencia inicial. El problema es trasplantar la divinidad y la experiencia divina que tuvo el fundador de la institución, que tiende a divinizarse, sacralizarse, absolutizarse: la tentación de las instituciones es desbancar incluso a los fundadores.

El mensaje de Jesús de Nazaret fue sobre la dignidad del ser humano y la responsabilidad. Jesús quiso, en última instancia, que el ser humano se convirtiera en el referente último; pero éste no puede soportar esa dignidad, esa libertad, esa responsabilidad. Entonces, la Iglesia nos dice: ustedes obedezcan, nosotros vamos a encargarnos de determinar lo que es divino, necesario, bueno, importante; lo único que tienen que hacer es ser obedientes y dejarse llevar; nosotros somos ahora los que cargamos con el peso de las decisiones y así

aliviamos al ser humano de la carga de la libertad. Porque sentirse libre y responsable de su propia vida y creatividad es una carga muy pesada, entonces, nosotros vamos a asumirla y, a cambio, ustedes van a tener la posibilidad de vivir de una manera mucho más liviana y sin problema. La fidelidad al papa, al obispo o al sacerdote es a veces más determinante que la que se tiene al Evangelio y a Jesús, por lo que siempre hay una dinámica en que la religión tiene que entrar en un proceso de toma de conciencia de que es imperfecta, por tanto, hay que evaluarla. De nuevo, volvemos a la que es una necesidad planteada desde el primer momento: la crítica evolutiva, el discernimiento, la evaluación. Y, ¿cómo evaluamos las religiones? No sólo al cristianismo, sino a todas las religiones: las evaluamos viendo cuáles son sus frutos, sus consecuencias, su oferta de salvación, su proyecto de sentido; viendo si lo que ofrecen responde a algo que me resulta convincente, o si su oferta es inaceptable o inadmisibile. En última instancia, el responsable de la religión que adopté soy yo; el que tengo que tomar postura ante las ofertas religiosas, así como el que debe hacerlo ante las ofertas políticas, culturales, las ideologías, ante lo que realmente constituye la dimensión humana. Y, ¿cómo analizo las religiones? Desde el “discernimiento”.

Como individuo, tengo que aprender a discernir, a evaluar lo que supone una conciencia crítica y reflexiva que no se queda sólo con las apariencias, sino que es capaz de captar lo que está detrás de ellas y hacer una evaluación. Ignacio de Loyola fue un gran maestro de la sospecha, del discernimiento, que supone *ver*, primero que nada, y enseguida *analizar*. Si he vivido en una religión determinada, ¿de qué me ha servido?, ¿me ha capacitado?, ¿ayudado?, ¿posibilitado?, ¿ofrecido un proyecto de sentido cada vez más convincente y valioso?, ¿puedo decir que lo mejor que hay en mi vida está relacionado con el proyecto de sentido que me ha ofrecido la religión a la que pertenezco? O, por el contrario, ¿la religión ha sido para mí una carga?, ¿algo molesto?, ¿no me ha ayudado?, ¿me ha hundido?, ¿se ha convertido en algo negativo?

Jesús nos planteó una religión de vida, y es en ésta donde tenemos que calibrar la religión, no en el templo. Lo que hacemos allí es prepararnos para enfrentarnos con la vida, pero donde nos jugamos la verdad es en el enfrentamiento con la vida. Si hay un divorcio entre lo que vivo en el templo y luego en la vida, entonces es una falsedad. Además, podemos observar el fenómeno llamado “la muerte de Dios”, señalada por Nietzsche, que hace alusión a que Dios ha dejado de ser un referente fundamental del cristianismo en Occidente y empieza un proceso de secularización, de indiferencia religiosa. Ahora las Iglesias son los sepulcros de Dios cuando éste ya no es el Dios de la vida, sino simplemente el del templo; y, si a Dios sólo lo encontramos en el templo, entonces ya no somos cristianos porque Jesús lo que hizo fue introducir la religión en las experiencias de la vida. Esto supone que la religión tiene que generar motivaciones, emociones, afectos, movimientos personales que nos comprometan. Tienes que comprometerte con la vida y los problemas planteados en ella desde lo que te ha enseñado la religión en la que crees, lo cual siempre tiene que estar subordinado a aquello que encontramos cuando se nos cuenta la vida de Jesús y sus actitudes, su manera de entenderla, de abordar las cosas. Por lo tanto, y desde ese punto de vista, la religión tiene que ofrecernos valores, motivaciones y criterios mediante los cuales podamos vivir el sistema de creencias. Las religiones deben tener un sistema de creencias que, por un lado, esté inspirado en lo que hizo y dijo Jesús, pero que por el otro tenga en cuenta que el sistema de creencias en el siglo XXI no puede ser el mismo de los siglos I, V o X, porque la sociedad de hoy no es la de antes.

La religión, por ende, no puede ser simplemente conservadora del pasado; tiene que haber una fidelidad creativa a éste, que supone que existe creatividad en el presente y tenemos que aportar algo ahora; y, de nuevo, las religiones se estrellan muchas veces allí, porque se convierten en religiones arqueológicas muy preocupadas en conservar la tradición (que es importante, porque sin ella no tene-

mos identidad), pero que no son capaces de proyectar esa tradición y configurarla de otra manera a partir de la que pueda responder a las preguntas de hoy. Por lo tanto, hay ciertos elementos a resaltar del cristianismo: primero que nada, ha tenido el peligro, en el sistema de creencias, de centrarse en una salvación después de la muerte, olvidándose de aquélla antes de la muerte, la de la vida: si todo el acento se pone en lo que nos va a pasar cuando muramos —de lo cual no podemos tener ninguna experiencia porque para tenerla hay que morir y si morimos ya no podemos contarla—, si todo el peso lo ponemos en el más allá y nos olvidamos del más acá, caemos en una trampa; porque, si Dios no me puede salvar en el más acá y tampoco puede hacer nada por mí en el más acá, ¿qué confianza puedo tener en lo que me dará en el más allá? Si es que hay más allá, que no lo sabemos; lo podemos creer, pero no lo sabemos, no lo hemos experimentado.

Después se trata de la fe, la cual no es simplemente algo para la religión: si no tenemos fe en el hombre, en la persona, en el prójimo, será inevitable que nos vayamos aislando, perdiendo en la capacidad de relacionarnos con los demás, ensimismando. La fe es un riesgo, pero mayor lo es quedarse sin capacidad de riesgo y fe. Hay que aventurarse en los proyectos humanos, así como en los políticos, ideológicos y educativos; aventurarse en la creatividad humana, aunque siempre es un riesgo, y en la creatividad religiosa, aunque ésta siempre sea también un riesgo.

Por tanto, una religión que genera vida puede hacer crecer el propio proyecto, y la persona puede seguir, por así decirlo, viviendo su propia personalidad, que es la que hará de él un testigo de Dios (y el ser humano puede tener la suerte de vivir experiencias de Dios, normalmente interpersonales y comunicables).

Y la espiritualidad es inteligencia espiritual, esa vivencia de Dios que voy teniendo, mediante la cual me voy transformando, así como al mundo, porque ello es otro de los elementos fundamentales,

que además es muy de San Ignacio. La mística, que es la unión con Dios, genera no sólo una dimensión contemplativa de la vida, que es primordial, sino la capacidad de transformación del mundo y de las personas.

De lo que se trata es de que el hombre sea imagen y semejanza de Dios, que es la gran afirmación del *Génesis*, el libro primero de la Biblia judía; “creemos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, y ser imagen y semejanza de Dios supone que somos capaces de desarrollar nuestra inteligencia y libertad, y lo hacemos viviendo la convergencia: cuanto más desarrollemos nuestra inteligencia y libertad, más humanos vamos a ser y, cuanto más humanos seamos, más cerca de Dios estaremos, mayormente viviremos un proceso de divinización. La afirmación de ser hijo del Hombre —todos somos hijos del Hombre— y, al mismo tiempo ser hijo de Dios, tiene en Jesús de Nazaret el referente último; pero en realidad es el destino último y el proyecto que nos ofrece el cristianismo: “vivir como hijos de Dios, viviendo de una manera plena nuestro ser humano y nuestra manera de vivir la hondura de lo humano, y presentando nuestro proyecto humano como el proyecto de Jesús de Nazaret, que es para nosotros el proyecto de Dios”. Entonces, el cristianismo adquiere una densidad humana y puede también adquirir una actualidad, no ser simplemente una religión anacrónica que vive de un pasado que ya pasó y que no es capaz de dar una respuesta a los problemas del presente y a las preguntas actuales.

A manera de conclusión, hemos analizado la inteligencia espiritual desde una perspectiva sociológica en la cual se ha dado mucha importancia a lo educativo: el ser humano es un ser que evoluciona y tiene una enorme capacidad de aprendizaje. En ese marco, el planteamiento es que, en lo primero que tendríamos que entrar, es en un proceso de autorreflexión y conocimiento de nosotros mismos, porque el problema de conocerse a sí mismo es fundamental para el ser humano desde los inicios hasta el final. Nunca nos conocemos

suficientemente y, sobre todo, no conocemos a cabalidad los condicionamientos que nos han marcado. Una vez que tenemos presente esto, podemos comenzar a cuestionarnos hacia dónde dirigimos y, a partir de ello, elaborar nuestro proyecto de vida que, con el acompañamiento de la religión, nos permitirá trazar el futuro de la humanidad.



INTELIGENCIA ESPIRITUAL Y EVOLUCIÓN HUMANA, por Juan Antonio Estrada, se imprimió en julio de 2020 por Alfonso Sandoval Mazariego, calle Tizapán 172, Col. Metropolitana Tercera Sección, Nezahualcóyotl, Estado de México, C. P. 57750. El tiraje fue de 1000 ejemplares ■



Juan Antonio Estrada, S. J., catedrático emérito de la Universidad de Granada y doctor *honoris causa* por el Sistema Universitario Jesuita (2003), nos brinda este magnífico texto, *Inteligencia espiritual y evolución humana*, una antropología filosófica clara y coherente que examina también temas como la importancia de la comunicación, los cambios educacionales y la ética en una sociedad científica. Su originalidad radica en el énfasis sobre la “inteligencia espiritual”, en clave de religión, “hecho permanente, antropológico, sociocultural y universal a lo largo de los siglos y milenios [...] que ofrece una hermenéutica, una manera de comprender al mundo, al ser humano y a la vida”.

Este *Cuaderno* es una lúcida orientación para un proyecto de vida que, “con el acompañamiento de la religión, nos permitirá trazar el futuro de la humanidad”.

ISBN: 978-607-417-703-9



www.ibero.mx/publicaciones